

23 de marzo

*Soldados de Salamina*, un libro que ha escrito Javier Cercas, me recuerda a *Galíndez*, una medio novela que escribió Vázquez Montalbán. *Galíndez* describía las pesquisas del autor en busca del dirigente del Partido Nacionalista Vasco, ese Galíndez asesinado en extrañas circunstancias, que es una forma concreta de morir, como el cáncer o el infarto. Tres cuartas partes del libro eran impecables: reconstruían el personaje y su tiempo con precisión y agudeza. Pero todo eran simples preparaciones antes del asalto final: Vázquez iba a demostrar que a Galíndez lo había matado la Cia. Desgraciadamente no pudo demostrarlo: le falló el músculo, la paciencia, o las fuentes. O peor aún: puede que a Galíndez no lo matara la Cia. El caso es que la última parte del libro describe como la Cia mató a Galíndez. Una ficción, claro está: algo que pudo pasar, por supuesto: para eso está la novela.

*Soldados de Salamina* parte del drama de Sánchez Mazas, un dirigente falangista al que colocaron frente a un pelotón de fusilamiento, dispararon, y no le dieron. Se hizo el muerto, entre los muertos, y huyó arrastrándose hasta una espesura cercana. Parece, según contara Sánchez-Mazas, que allí lo descubrieron los ojos de un soldado republicano. Pero el soldado, en vez de denunciarle, apartó la cara y siguió su camino. Cercas quería encontrar al soldado que perdonó la vida a su enemigo. Yo también, sin duda. Odio las entrevistas; pero por ésta transigiría. Cercas no lo encuentra, como es natural: es una empresa muy difícil, e imposible si se trabaja poco en ella. Por fortuna, el novelista es un hombre de recursos y se da cuenta de que lo ha buscado en lugares equivocados. Como la carta de Poe, el soldado republicano está en su sitio y a la vista: en la propia cabeza del novelista. Calentito. El novelista le da el nombre de Miralles y los cuatros rasgos elementales del vencido. La crónica del encuentro es realmente entrañable y aún me siento pegajoso, y eso que han pasado algunos días desde su lectura. Como Cercas ha construido todo

## *Diarios*

su relato en la ambigüedad (aunque mejor cabría decir en el hermafroditismo), su pintoresco encuentro con el viejo republicano se resuelve en el mismo tono: Miralles le dice que no es él, pero al narrador, un sujeto algo idiota llamado Cercas, no le da tiempo a hacer más preguntas. El lector, que agradece el que Cercas no le haya emparentado con su narrador poniendo los ojos de Miralles en el agujero donde se escondió Sánchez Mazas, está ya adiestrado para admitir lo esencial: el autor buscaba/no ha encontrado/pero qué más da: todos somos Miralles. El lector ya sabe que era uno como Miralles (tan bueno y tan vencido) el que perdonó la vida del fascista.

De toda esta historia, por supuesto, lo único que tiene interés son las personas y su peripecia. Ni muy enfermo habría leído yo una novela donde se nos anunciara la epopeya de un falangista al que fusilan, pero no, y las pesquisas frustradas en torno al que le salvó la vida cerrando los ojos. Si he caído en la trampa es por lo que el autor llama, con pomposo pleonasma, *relato real*. Pero si irritantes son sus trampas retóricas, mucho más lo es su moralina: la novela tranquilizará a todos los papás antifranquistas, porque comprobarán que sus retoños no se han movido un paso del lugar, maniqueo y sentimentaloides, adonde ellos llegaron.